

una idea cualquiera, pero positiva, respecto á la vida futura y al lazo que une la existencia actual á la que nos espera. Consultadla, ella os responderá. Añadamos que son necesarios de toda necesidad dogmas formulados en artículos de fe. Son necesarios para que pueda haber una educación religiosa. Y si no hay educación religiosa, ¿cómo ha de haber una religión, un culto, una vida religiosa? ¡Hay que tener cuidado con esto! Precisamente porque los catecismos de religión natural no daban respuesta á esta pregunta es por lo que los ha abandonado la humanidad para volver al catecismo católico.

En 1792, un escritor casi tan desconocido como Blanchard publicó en París una obra titulada *del Espíritu de las religiones*. Lo que preocupa principalmente á Bonneville es la gran cuestión del destino del hombre, y declara francamente que "todo lo que no tiene por objeto *comprender la vida* le es indiferente.". Plantea este eterno problema, y el modo como lo plantea indica ya la solución que le dará: "Soy porque he sido, seré porque soy. ¿Cuál será mi parte en la tierra, cuando el yo, que no puede morir, toma una piel nueva?", (1). Esta es la idea de una *vida continua, infinita*, destinada á reemplazar la creencia cristiana del cielo y del infierno.

¡Cosa notable! La idea de una vida continua es la primera solución que el espíritu humano ha dado al formidable problema que será siempre el objeto de sus preocupaciones. Pero la forma que tomó esta creencia era falsa, era la de una transmigración de las almas á través de todos los objetos animados ó inanimados del mundo físico. Así formulada, la doctrina de la inmortalidad no responde á las aspiraciones del hombre. Su individualidad mismo no es respetada, pues que puede cesar de pensar y de sentir. Además, esta doctrina no enseña á los hombres cuál es el término final de sus sufrimientos y de sus trabajos. ¿Es este un círculo fatal de los mismos errores y de las mismas expiaciones, como entre los budistas? A los antiguos les faltaba un elemento para concebir el destino humano, la noción del progreso. Únicamente cuando la vida infinita es una existencia progresiva satisface nuestro deseo de inmortalidad.

Bonneville transforma la creencia de los antiguos; dice que sin razón la han llamado *transmi-*

(1) BONNEVILLE, *del Espíritu de las religiones*, p. 8.

gración, que es más bien un *desenvolvimiento* de los seres organizados hacia una *vida mejor*: "Si la especie humana se perfecciona en la tierra, debo marchar con ella, y yo volveré, después de cada hora de trabajo y algunas horas de sueño, á volver á empezar con ella un nuevo trabajo y *marcha hacia la perfección*.". Bonneville cree, pues, que el hombre renace en esta tierra. Sin embargo, no afirma nada de una manera absoluta; añade: "Mi espíritu, germen eterno, puede adquirir tal actividad, que se lance á otra esfera en donde encontrará cómo organizarse mejor," (1). Aplaudimos esta reserva y esta mesura. Cuando se quieren precisar demasiado los detalles de la vida futura, se cae en la ficción, en el dominio de la poesía. Es preciso dejar esos accidentes á la fe individual; cada cual se creará un cielo á su gusto. No hay en esto gran mal; con tal que todos tengan una convicción firme de la persistencia de su individualidad. Sobre este punto tendríamos que dirigir algunas críticas á Bonneville, si pudiéramos detenernos en discutir su doctrina. Tiende á absorber la individualidad en el gran ser. Es una tendencia funesta, porque vicia la creencia de la inmoralidad en su esencia, y hasta la destruye. Si la vida es continua y progresiva, debe ser individual. El hombre no encuentra su satisfacción más que en una existencia individual.

Les gusta á los católicos, que tienen el privilegio de poseer la verdad absoluta, burlarse del dogma de una vida continua, infinita y progresiva. Según ellos, es una mala reminiscencia de Pitágoras; este es un error del panteísmo, que á dos ó tres filósofos de nuestro tiempo les ha parecido bien reanimar. Contestaremos en otro lugar á las objeciones serias que se han hecho contra esta concepción de la vida. Por el momento nos limitamos á hacer notar cómo nacen los dogmas en la conciencia general. Todas las antiguas religiones tienen pretensiones á un origen divino, á una revelación milagrosa de la verdad. Hay una revelación más cierta, que se hace, bajo la inspiración de Dios, en el seno de la humanidad. El dogma de una vida continua nos ofrece de ello más de un testimonio. En la segunda mitad del siglo XVIII, esta creencia se halla en escritores, unos hombres de genio, otros oscuros y desconocidos, y se encuentra en

(1) BONNEVILLE, *del Espíritu de las religiones*, p. 61, 62.

diferentes países, sin que se pueda coger ningún lazo de filiación entre los que la enseñan. El único vínculo que los une es Dios, que inspira á los hombres y los guía; así obra esta revelación permanente que prepara sin cesar nuevos destinos á la humanidad. Dios no dice nunca su última palabra.

§ II.—La religión civil.

N.º 1.—El culto del Ser Supremo.

Los hombres de la Revolución no aceptaban el cristianismo sino como una necesidad política; discípulos de la filosofía, eran en su inmensa mayoría enemigos de toda religión revelada. Pero hay en la filosofía del siglo XVIII dos movimientos bien distintos; el uno predica más ó menos francamente el materialismo, y no admite más ley para los hombres que la moral, una moral puramente civil que implica la negación de la religión; el otro conserva la idea de religión, aunque rechazando el cristianismo tradicional. Rousseau era el apóstol de esta tendencia un poco vaga, más sentimental que real. Sentía la necesidad de creencias religiosas, aunque no fuese más que como apoyo de la moral y como fundamento de la sociedad. En su *Contrato social* rechaza el cristianismo evangélico, porque es una religión del otro mundo, que, en su excesivo espiritualismo, desdeña la libertad, y que si no predica la esclavitud, á lo menos se acomoda con el despotismo. Con mayor razón rechaza Rousseau al catolicismo, que además de ese vicio original, es también inconciliable con el Estado, cuya soberanía destruye, reivindicando en beneficio de la Iglesia y de su jefe, el papa, un poder por lo menos indirecto sobre el Estado. Para salvar las creencias esenciales de la humanidad, sin las cuales no veían sociedad posible, el autor del *Contrato social* imaginó hacer de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma leyes civiles á las cuales debían someterse todos los ciudadanos. Hemos apreciado en otra parte esta concepción inconsecuente: en el fondo era la religión natural, transformada en religión del Estado, es decir, un catolicismo, pero incompleto é insuficiente para las necesidades del alma.

Rousseau, republicano y librepensador, encontró numerosos discípulos entre los revolucionarios más ardientes. Robespierre era admirador apasio-

nado del filósofo de Ginebra. Cuando el oleaje ascendente de la Revolución le puso al frente del gobierno, quiso realizar las ideas de su maestro. De ahí el decreto de la Convención que reconoce la existencia de Dios; de ahí la fiesta del Ser Supremo que Robespierre llamaba el más hermoso día de su vida (1). No es este decir que tomase caprichosamente la iniciativa, para comprometer á la Convención en una empresa religiosa que estaba lejos de responder á las aspiraciones de los hombres del 93. El famoso decreto que tanto les gusta ridiculizar á los ortodoxos no era un asunto de teoría, una cuestión de doctrina filosófica. Robespierre fué impulsado á él por las circunstancias. La reacción contra las supersticiones del pasado condujo á las fiestas de la diosa Razón, verdaderas orgías de la incredulidad y del ateísmo. La irreligión degeneró en inmoralidad, y no era ya una inmoralidad especulativa, como en algunos escritores excéntricos del siglo XVIII, era la inmoralidad en carne y hueso, la inmoralidad manchando los templos, cambiados en lugares de libertinaje, la inmoralidad mostrándose en las calles, en donde se paseaban en procesión solemne á las cortesanas representando la diosa Razón. Esta desvergüenza invadió á la Convención, y tenía en su favor la poderosa *Commune* de París, que estaba en posesión de hacer las revoluciones; si se hubiera arraigado en las costumbres, hubiese sido la ruina de la República y la ruina de la Francia.

¿Cómo poner freno á estas pasiones impuras, espuma que arrojaba el torrente de la Revolución? No podía pensarse en restaurar el catolicismo, porque era más odioso que nunca á los revolucionarios; decían que la guerra de la Vendée había hecho estallar la *sanguinaria hipocresía de los curas*. La frase es de un miembro del terrible comité de salvación pública, la de Billaud-Varennes (2). Un orador popular proclamaba por la misma época que *la República y la religión de Cristo eran incompatibles*: "Se combaten perpetuamente, exclamaba. Desterremos, pues, para siempre á esta secta liberticida y á sus peligrosos partidarios," (3). Sin embargo, las almas ávidas de fe sentían un disgus-

(1) MERCIER, *el Nuevo París*, t. 1, p. 49.

(2) Dictamen de BILLAUD-VARENNESS á la Convención nacional (BUCHÉZ, *Historia parlamentaria*, t. XXXII, p. 937).

(3) *Discursos decenarios*, por el ciudadano POULTIER, diputado á la Convención nacional (el abate GAUME, *la Revolución*, tomo II, p. 191).

to profundo en vista de las orgías de la diosa Razón. Los hombres mismos que, sin sentir la necesidad de la fe, querían una moral como fundamento de la República, deseaban con ardor que la Revolución volviese á las ideas religiosas. Hay un testimonio interesante de estos sentimientos en una exposición que hicieron los Jacobinos á la Convención nacional: "Se quería destruir la divinidad para destruir la virtud. La virtud no era más que un fantasma, el Ser Supremo una vana mentira, la vida futura una quimera engañadora, la muerte un abismo sin fin. Se había llegado á oscurecer todas las ideas primitivas que la naturaleza había colocado en el corazón del hombre; se empezaban á extinguir todos los sentimientos buenos y generosos; la libertad y la patria no parecían más que sombras ligeras cuya vista engañaba," (1).

En estas circunstancias propuso Robespierre, en nombre del comité de salvación pública, el decreto por el cual declaró la Convención que la Francia reconocía la existencia de un Ser Supremo. El discurso que pronunció merece que nos detengamos á examinarle; no se trata únicamente de la opinión de un hombre, este hombre era el órgano de un partido poderoso; y aun después de su caída, sus doctrinas morales y religiosas tuvieron mucho eco entre los republicanos. Robespierre combate vivamente el ateísmo: "¿Quién, pues, exclama, te ha dado la misión de anunciar al pueblo que la divinidad no existe, á ti que te apasionas por esta árida doctrina y que no te apasionas jamás por la patria? ¿Qué ventaja encuentras en persuadir al hombre que preside sus destinos una fuerza ciega que castiga al azar el crimen y la virtud? ¿Le inspira la idea de ser nada sentimientos más puros y más elevados que la de su inmortalidad? ¿Le inspira más respeto para con sus semejantes y para consigo mismo, más abnegación para con la patria, más audacia para arrostrar la tiranía, más desprecio de la muerte ó de la voluptuosidad?... La inocencia en el cadalso hace palidecer al tirano en su carro de triunfo; ¿tendría este ascendiente si la tumba igualase al opresor y al oprimido?" (2).

Robespierre hablaba como hombre de Estado. Ya en el club de su fieles Jacobinos se había pronunciado resueltamente contra el ateísmo. Los en-

ragés, como se llamaba á los exagerados del 93, querían, bajo el pretexto de destruir la superstición, hacer una especie de religión del ateísmo. "Que piensen los filósofos respecto á Dios todo lo que quieran, dice Robespierre, están en su derecho; pero el hombre público, pero el legislador sería insensato si adoptase semejante sistema. La Convención nacional no es un escritor adocenado, un autor de teorías metafísicas; es un cuerpo político encargado de hacer respetar, no tan sólo los derechos, sino el carácter del pueblo francés. No en vano ha proclamado la declaración de los derechos en presencia del Ser Supremo." La reacción contra el cristianismo era tan fuerte, que Robespierre se vió obligado á defenderse del cargo de ser fanático. Respondió que hablaba como representante del pueblo, y lanzó contra sus adversarios, los materialistas, la acusación tan justa como era terrible en esa época de que el ateísmo es aristocrático: "La idea de un gran Ser, que vela sobre la inocencia oprimida y que castiga el crimen triunfante, es completamente popular." Estas palabras fueron acogidas con vivos aplausos. Robespierre continuó: "El pueblo, los desgraciados me aplauden; si tuviese censores, sería entre los ricos y entre los culpables. He sido desde la escuela bastante mal católico; no he sido jamás ni un amigo tibio, ni un defensor infiel de la humanidad. Si Dios no existiese, sería preciso inventarle," (1). El cargo que Robespierre hacía al ateísmo de ser aristocrático llevó al cadalso á los jefes de los *enragés*, y puede afirmarse que convirtió más que un ateo. Couthon, el hombre sentimental del Terror, se apoderó de la idea de su amigo y la desenvolvió en el seno de la Convención: "¡Ah! qué bien sabían los monstruos que han predicado el ateísmo y el materialismo, qué bien sabían que el medio más seguro de matar la Revolución era quitar á los hombres toda idea de vida futura y desesperarlos con la de la nada. Querían hacer del pueblo francés un pueblo de bandidos, para que luego viniese á ser un pueblo de esclavos. Y éste debía ser el efecto natural del ateísmo que seca el corazón, enerva todas las facultades del alma, ahoga en los hombres todo sentimiento de generosidad, de justicia, de probidad, de virtud y de energía," (2).

(1) BUCHEZ, *Historia parlamentaria*, t. xxxii, p. 384.
(2) *Monitor* del 19 floreal, año II.

(1) BUCHEZ, *Historia parlamentaria*, t. xxx, p. 277.
(2) BUCHEZ, *Historia parlamentaria*, t. xxxii, p. 387.

Lo que principalmente une á Robespierre á la creencia de la divinidad es la idea de providencia y de justicia: "Este sentimiento, dice á los Jacobinos, anima en todos los tiempos á los más magnánimos defensores de la libertad. Mientras haya tiranos, será un consuelo dulce para el corazón de los oprimidos; y si alguna vez vuelve la tiranía á renacer entre nosotros, ¡cuál sería el alma enérgica y virtuosa que no apelaría en secreto de su triunfo sacrilego á esta eterna justicia que parece haber escrito en todos los corazones la sentencia de muerte de todos los tiranos! Me parece que á lo menos, el último mártir de la libertad exhalaría su alma con un sentimiento más dulce, descansando en esta idea consoladora." Robespierre llevó estos mismos pensamientos á la tribuna de la Convención nacional: "La idea del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma es un llamamiento continuo á la justicia; es, pues, social y republicana... Así es que no sé que haya habido nunca legislador que haya pensado en nacionalizar el ateísmo." Robespierre dice que los legisladores han tratado más bien de fortificar las ideas religiosas, mezclando con ellas algunas ficciones tomadas á las creencias populares: "Sed felices, añade, de vivir en un siglo y en un país cuyas luces no os dejan otra tarea que llenar que la de atraer á los hombres á la naturaleza y á la verdad."

Robespierre y detrás de él la Convención, al decretar la existencia de un Ser Supremo y la inmortalidad del alma, rompían decididamente con las tendencias materialistas que habían arrastrado una parte del siglo XVIII. Es una respuesta victoriosa á las acusaciones que la ignorancia y la mala fe se obstinan en lanzar contra la Revolución. No, no procede del materialismo ni del ateísmo. Fué incrédula, en el sentido de que ya no era católica ni aun cristiana, pero tenía una fe: era la fe de Voltaire, *Dios y la libertad*, y la fe más íntima aun de Rousseau. En cuanto á los enciclopedistas, la Revolución los repudió por el órgano de Robespierre: "Esta secta, dice, en materia de política, queda siempre por bajo de los derechos del pueblo; en materia de moral, va más allá de la destrucción de las preocupaciones religiosas. Sus corifeos declamaban alguna vez contra el despotismo, y estaban pensionados por los déspotas... Esta secta propagó con celo la opinión del materialismo, que prevaleció entre los grandes y entre los bellos in-

genios. Se la debe en parte esta especie de filosofía práctica, que erige el egoísmo en sistema, considera á la sociedad humana como una guerra de astucia, el éxito como la guerra de lo justo y de lo injusto, la probidad como cuestión de gusto y de conveniencia, el mundo como patrimonio de los egoístas sagaces."

Robespierre opone con orgullo á esos predicadores del egoísmo su querido maestro Rousseau: "Por la elevación de su alma y la grandeza de su carácter se mostró digno del ministerio de preceptor del género humano. Atacó la tiranía con franqueza; habló con entusiasmo de la divinidad; su elocuencia varonil y proba pintó con rasgos de fuego los atractivos de la virtud; defendió esos dogmas consoladores que la razón da para apoyo del corazón humano... ¡Ah! si hubiese sido testigo de esta Revolución de que fué precursor y que le llevó al Panteón, ¡quién puede dudar que su alma generosa hubiese abrazado con entusiasmo la causa de la justicia y de la igualdad!"

Robespierre no dice nada del émulo de Rousseau, pero indirectamente le presta homenaje. Le hemos oído citar á los Jacobinos la frase célebre de Voltaire: *Si Dios no existiese, sería preciso inventarle*. La Revolución procede tanto de Voltaire como de Rousseau. Robespierre truena contra el fanatismo y los sacerdotes, como lo hubiera hecho el gran incrédulo. "Fanáticos, exclama, no esperéis nada de nosotros. Atraer á los hombres al culto puro del Ser Supremo es dar un golpe al fanatismo... Sacerdotes ambiciosos, no esperéis, pues, de nosotros que trabajemos en restablecer vuestro imperio; semejante empresa sería superior á nuestro poder. Os habéis matado vosotros mismos, y así como no se vuelve á la vida física, tampoco se vuelve á la vida moral." Sigue una verdadera filípica contra la religión de los sacerdotes, es decir, contra el cristianismo tradicional:

"Y además, ¿qué hay entre los sacerdotes y Dios? Los sacerdotes son á la moral lo que los charlatanes son á la medicina. (Aplausos.) ¡Cuán diferente es el Dios de la naturaleza del Dios de los sacerdotes! (Los aplausos continúan.) No conozco nada tan parecido al ateísmo como las religiones que han hecho; á fuerza de desfigurar al Ser Supremo, unas veces han hecho de él un globo de fuego, otras un buey, otras un árbol, otras un hombre, otras un rey. Los sacerdotes han creado á

Dios á su imagen; le han hecho celoso, caprichoso, ávido, cruel, implacable; le han tratado como otro tiempo los alcaldes del palacio trataron á los descendientes de Clodoveo, para reinar bajo su nombre y ponerse en su lugar; le han relegado al cielo, y no le han llamado á la tierra más que para pedir en beneficio suyo los diezmos, las riquezas, los honores y el poder. (Vivos aplausos.) El verdadero sacerdote del Ser Supremo es la naturaleza; su templo, el universo; su culto, la virtud.,

El gran crimen que los revolucionarios imputaban al cristianismo no podía faltar en esta acta de acusación. Robespierre apostrofa rudamente á los ungidos del Señor y les pregunta: "Sacerdotes, ¿por medio de qué títulos habéis probado vuestra misión? ¿Habéis sido más justos, más amigos de la verdad que los demás hombres? ¿Habéis amado la igualdad, defendido los derechos de los pueblos, aborrecido al despotismo y abatido la tiranía? Vosotros sois los que habéis dicho á los reyes: "Sois las imágenes de Dios en la tierra, y sólo de Él tenéis vuestro poder." Y los reyes os han respondido: "Sí, vosotros sois verdaderamente los enviados de Dios; unámonos para repartirnos los despojos y las adoraciones de los mortales." El cetro y el incensario han conspirado para deshonorar el cielo y para usurpar la tierra." (Aplausos.)

Robespierre recibía aplausos frenéticos cuando atacaba la religión de los sacerdotes; pero ¿qué iba á poner en lugar del catolicismo? "Dejemos á los sacerdotes, dijo, y volvamos á la divinidad. Fundemos la moral en bases eternas y sagradas; inspiremos al hombre ese respeto religioso hacia el hombre, ese sentimiento profundo de sus deberes que es la única garantía de la felicidad social." Robespierre quería colocar la verdad en el punto de las ficciones; esperaba que las locuras caerían ante la razón: "Sin violencia, sin persecución, todas las sectas deben confundirse por sí mismas en la religión universal de la naturaleza." Robespierre pedía por tanto que la libertad de cultos fuese respetada para el triunfo mismo de la razón. No tenía miedo á las conspiraciones tramadas por los sacerdotes; los terribles comités de salvación pública y de seguridad general daban cuenta de ellas, y la guillotina funcionaba continuamente.

¿Qué era esta religión universal de la naturaleza que debía absorber á todos los cultos? Era la

religión natural de Rousseau que iba á convertirse en una verdadera religión civil, pues que recibía la consagración de la ley. Rousseau había permanecido en el dominio de la teoría; cuando su discípulo quiso poner en práctica la doctrina, se apercibió que la religión, aunque fuese puramente civil, debía tener un culto; lo inauguró con la fiesta del Ser Supremo que hizo tan grande impresión en Francia y en toda Europa: era la prueba evidente de que la Revolución volvía á los principios eternos de la moral y de la religión. "Pueblos, dice la Convención nacional en su respuesta á los manifiestos de los reyes coligados contra la República, pueblos, vuestros amos os dicen que la nación francesa ha proscrito todas las religiones, que ha reemplazado el culto de la divinidad con el de algunos hombres; nos pintan á vuestros ojos como una nación idólatra ó insensata. Mienten. El pueblo francés y sus representantes respetan la libertad de todos los cultos y no proscriben ninguno. Honran la virtud de los mártires de la humanidad sin pasión y sin idolatría, aborrecen la intolerancia y la persecución; condenan las extravagancias del filosofismo como los crímenes del fanatismo." Esto era decir que la Revolución no quería ser ni católica ni atea, pero que, bajo la inspiración de Dios, marcharía hacia nuevos destinos religiosos.

¿Cómo conducir la Francia hacia ese fin? Robespierre acude á la educación pública; pide, y con razón, que sea análoga al principio del gobierno republicano y á la grandeza de sus destinos; quiere que se sustraigan las jóvenes generaciones á la influencia funesta de las preocupaciones de familia; si hubiera vivido en nuestra época, hubiera añadido, y á la influencia más funesta aun de los que explotan esas preocupaciones. La educación es el más poderoso instrumento para transformar un pueblo; es preciso una ceguedad incalificable para dejarla entre las manos de los que son los enemigos natos de la libertad y de todo progreso. Pero la educación no ejerce su influencia más que á la larga; es preciso también un alimento religioso á los hombres formados; la instrucción misma debe inspirarse en ideas y creencias nuevas. Con este fin pide Robespierre la institución de fiestas nacionales. Las fiestas hacen un gran papel, no solamente en el discurso y en los proyectos de Robespierre, sino durante todo el tiempo de la República. Robespierre va á explicarnos el espíritu por el

cual fueron instituidas. Los historiadores no ven en ellas más que una copia de las fiestas de la antigüedad pagana. No es hacer justicia á la Convención, que no fué plagiaria, sino revolucionaria.

"Reunid á los hombres, dice Robespierre, los haréis mejores, porque los hombres reunidos tratarán de agradarse, y no podrán agradarse más que por las cosas que los hacen estimables; dad á su reunión un gran motivo moral y político, y el amor de las cosas honradas entrará con el placer en todos los corazones, porque los hombres no se ven sin placer. El hombre es el más grande objeto que haya en la naturaleza, y el más magnífico de todos los espectáculos es un gran pueblo reunido... Un sistema bien entendido de fiestas nacionales sería el más dulce vínculo de fraternidad á la vez que el más poderoso medio de regeneración. Dad fiestas generales y más solenes para toda la República. Tened fiestas particulares y por cada lugar, que sean los días de reposo y que reemplacen lo que las circunstancias han destruído. ¡Que todas tiendan á despertar los sentimientos generosos que hacen el encanto y el adorno de la vida humana, el entusiasmo de la libertad, el amor de la patria, el respeto de las leyes! Que la memoria de los tiranos y de los traidores sea entregada á la execración; que la de los héroes de la libertad y de los bienhechores de la humanidad reciba el justo tributo del agradecimiento público; que tomen su interés y sus nombres mismos en los acontecimientos inmortales de nuestra Revolución y en los objetos más sagrados y más queridos al corazón del hombre... Invitemos á nuestras fiestas á la naturaleza y á todas las virtudes. Que todas se celebren bajo los auspicios del Ser Supremo, que le sean consagradas; que empiecen y terminen con un homenaje á su poder y á la libertad."

Citemos algunas de estas fiestas; valen tanto como las que se ostentan en nuestras calles. La República celebra la Libertad, la Humanidad, el Amor de la patria. Las palabras de Robespierre no son indignas de la grandeza del asunto: "¡Tú darás tu nombre sagrado á una de las más bellas fiestas, oh tú, hija de la naturaleza, madre de las felicidad y de la gloria! ¡Tú, única legítima soberana del mundo, destronada por el crimen; tú, á quien el pueblo francés ha devuelto el imperio y que en cambio le das una patria y costumbres, augusta Libertad! Tú dividirás nuestros sacrificios con tu

compañera inmortal, la dulce y santa Igualdad. Festejaremos la Humanidad, la humanidad envilecida y pisoteada por los enemigos de la República francesa. ¡Será un hermoso día aquel en que celebremos la fiesta del género humano; ese es el banquete fraternal y sagrado al cual, desde el seno de la victoria, el pueblo francés invitará á la familia inmensa cuyo honor é imprescriptibles derechos el solo defiende! Celebraremos también á todos los grandes hombres, de cualquier tiempo y á cualquiera nación que pertenezcan, que han emancipado su patria del yugo de los tiranos ó que han fundado la libertad por medio de sabias leyes."

Las fiestas decretadas por la Convención tienen todas un carácter moral. La moral es la esencia de la religión civil de Robespierre, como de toda religión natural. Señalemos, sin embargo, una diferencia entre el Catecismo del ciudadano francés y los decretos de la Convención nacional. Volney no dice una palabra de la inmortalidad del alma; no piensa en establecer un culto. Las orgías del 93 hicieron sentir la necesidad de apoyar la moral en las creencias universales del género humano. Robespierre quería fundar la República en la virtud. Cuando su lucha contra los *enragés*, desarrolló esta idea á los Jacobinos: "¿Cuál es el principio fundamental del gobierno democrático ó popular, es decir, el resorte esencial que lo sostiene y le da movimiento? Es la virtud: hablo de la virtud pública que obró tantos prodigios en Grecia y en Roma, y que debe producir otros más admirables en la Francia republicana, de esta virtud que no es otra cosa más que el amor á la patria y á sus leyes." No era exclusivamente en la virtud pública en lo que Robespierre quería fundar la libertad; según él, la virtud pública y la virtud doméstica no eran más que una. Citemos sus hermosas palabras para recomendarlas á las meditaciones de todos los que se interesen en el provenir de nuestra civilización: "Todo lo que tiende á purificar las costumbres, á elevar las almas, á dirigir las pasiones del corazón humano hacia el interés público, debe ser adoptado ó establecido por vosotros. Todo lo que tiende á concentrarlas en la abyección del interés personal, á despertar la manía de las cosas pequeñas y el desprecio de las grandes, debe ser rechazado ó reprimido por vosotros. En el sistema de la Revolución francesa, lo que es inmoral es impolítico;